

## LIBROS

### Corpus Barga

Corpus Barga vive, exiliado, en Lima, en una casita del barrio residencial de Miraflores. Muchos libros y más recuerdos. Corpus Barga, es decir, Andrés García de la Barga, tiene ochenta y cuatro años y una obra literaria —«La vida rota», «Pasión y muerte», «Apocalipsis», «Los pasos contados», «El hechizo de la triste marquesa»...— y periodística importante, prácticamente desconocida de los lectores españoles. De la conversación con Corpus Barga trasladado aquí los pasajes que se refieren a algunos escritores del 98.

«Yo cogí una época que en literatura y en las artes no es frecuente. Habían surgido unos escritores de una gran personalidad: Unamuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán... También Maeztu. Habían cambiado el lenguaje. Piense en el que utilizaba, por ejemplo, Echeagaray. Nosotros, los que vinimos inmediatamente después, tuvimos un choque formidable por eso, porque eran distintos».

### AZORIN

«Cuando yo comencé a escribir conocí a Azorín. Era un hombre que estaba siempre solo. Tenía un gran amigo, Baroja, pero a pesar de que eran grandes amigos, se veían muy poco. Baroja me contó que Azorín se sentaba en un banco de Recoletos, y que en una ocasión se le acercó y le preguntó: "¿Es usted Azorín?", y él dijo: "No", y se quedó muy serio, callado. Cuando Azorín se puso a escribir crónicas parlamentarias, yo, que naturalmente estaba en

contra de sus ideas, escribí un artículo contra Azorín, diputado entonces de Maura. Mi artículo lo publicó "El País", un periódico de principiantes. Todavía está el edificio en la calle de la Madera. El director era un republicano, muy buen periodista, Castrovido, un tipo muy simpático y cojo, con una cojera terrible. Era la época en que se escribía en los cafés. Nosotros dejábamos nuestros artículos, y a lo mejor, si salían, aparecía al día siguiente o dos días después, llenos

la plaza de las Descalzas, en la calle de los Capellanes. Tenían pan de viena, el pan mejor que había. Yo vivía en aquel barrio y bajaba con el criado de mi casa, que iba a comprar el pan, y veía siempre en esa panadería tipos raros. Veía a un hombre con melena, otro con unos ojos muy saltones, y cuál fue mi asombro cuando después yo conocí a Baroja y a los demás. "Anda, pero si éste es Baroja, si éste es Valle-Inclán..." A todos los había visto por allí.



de erratas, plagados de erratas, que eran la desesperación del escritor novel. Bueno, yo había escrito un artículo contra Azorín, y estando por la tarde en una librería, en la carrera de San Jerónimo, de pronto oigo que me silban al oído: "Ese artículo de esta mañana está muy bien", y me vuelvo, y era Azorín que se marchaba. Azorín hablaba como en las iglesias, con media boca nada más, sin mover apenas los labios, y al pasar por mi lado dijo eso y se marchó. Así conocí yo a Azorín».

### BAROJA

«A Baroja le había conocido, pero sin saber que era Baroja, de niño, porque Baroja tenía una panadería de su tía en

«Yo escribía en periódicos como "El País", y en todos los periódicos de rebeldía que había entonces. Así empezábamos todos. Azorín me dijo un día que él había estado escribiendo un año entero en "El País", sin cobrar, un artículo casi diario, y que son los mejores artículos que ha escrito, en los que ha escrito con más pasión».

«A mí, un impresor me debía dinero, y me dijo que la única forma de pagarme era reuniendo mis artículos. Y reuní una serie de artículos cortos y los publicó en un libro. Ese libro se lo envié a Baroja, y a Baroja le gustó mucho. Así comenzó mi amistad con Pío Baroja» (es una de las pocas personas de las que Baroja no habla mal en sus Memorias).

### UNAMUNO

«Mi amistad con Unamuno fue todavía una amistad más rara. Yo conocía a Unamuno mucho antes de conocerle personalmente. Conocía su figura por las fotografías, pero no había tenido ocasión de verle. Yo estaba en el extranjero, en París, cuando se murió Tolstoi, fijese si soy viejo. Tolstoi murió en mil novecientos diez. Yo escribía ya. ¡Asómbrese usted! Y voy a cumplir dentro de unos meses ochenta y seis años. En mil novecientos diez yo estaba en París, y era amigo de un hijo de Tolstoi. Era escultor, un tipo raro. Escribí lo que me contó ese hijo de Tolstoi, que no estaba de acuerdo con las ideas de su padre, sobre todo con las ideas que expresa en "La sonata a Kreutzer", que habla del matrimonio, de la sexualidad. Y él me dijo que iba a escribir una novela que se llamaría "La sonata de Chopin", contradiciendo a su padre. Aparte de esto, me contó, naturalmente, la manera de trabajar de su padre. Por ejemplo, cuando escribió "Guerra y paz", trabajaba por la noche».

«Tolstoi era un gran estilista, a diferencia de Dostoiewski. Dostoiewski era como Pío Baroja. Todavía más despelado, que decía Ehrenburg, que luego fue muy amigo mío. Dice que dejaba todo lleno de faltas de ortografía y, además, todas las cuartillas extendidas por los divanes y todo tirado, y por la mañana se levantaba su mujer, esa mujer con la que luego habría de reñir a muerte, y con gran cuidado cogía todas las cuartillas, las iba poniendo en orden y le iba poniendo buena ortografía».

«Yo escribí este artículo, y en "Los lunes de 'El Imparcial'" escribí Unamuno un artículo que empezaba diciendo: "Un señor que se firma Corpus Barga...". O sea, que el que me dio a mí el espaldarazo literario fue Unamuno. No, como mucha gente

ha creído, Ortega y Gasset, porque he sido muy amigo de Ortega y Gasset».

### VALLE-INCLAN

«A Valle-Inclán le conocí ya en el café de Levante. Yo fui a casa de los Baroja después de que Pío Baroja hubiera leído mi libro de artículos, y conocí a Ricardo Baroja allí además. Era una casa muy impresionante. Era una familia que se salía de la familia burguesa española. Una gran librería en el fondo, con una gran mesa, y un hombre que se paseaba alrededor de ella; un piano y un violoncello, que ese hombre tocaba. Y era el padre, que era ingeniero de Minas, don Serafín Baroja. Y luego estaba Pío Baroja. El padre, con boina, y él también, y de vez en cuando también se paseaba, y Ricardo, que bajaba del estudio todo manchado de pintura, y luego había dos mujeres, una, jovencita rubia, que no parecía española, parecía irlandesa, y una vieja vasca, muy derecha, siempre haciendo sus labores ella, y algún otro amigo que entraba: escultores, pintores; el único escritor era yo. Unas discusiones terribles, Velázquez y Goya».

### VICENTE LUIS BO-TIN.

### Cuerpo, amor, silencio

Hace unas semanas comentaba yo en estas mismas páginas la tendencia del ensayismo anglosajón al conformismo estilístico, que es la única forma real de conformismo para un escritor, aunque el doctrinario nunca acabe de convencerse de esto. Señalé entonces que no faltan afortunadas excepciones; comentaba aquel día una de ellas, «Extraterritorial», de Steiner, y hoy quiero presentar otra, aún más estimable: el «Love's body», de Norman O. Brown, recientemente

traducido al castellano (1).

Norman O. Brown es un profesor de lenguas clásicas y literaturas comparadas que alcanzó inmediato renombre con su primer libro: «Life against death», publicado en 1959 y traducido al castellano bajo el título de «Eros y thanatos». Esta obra, que lleva como subtítulo «El sentido psicoanalítico de la Historia», es de una fuerza y una inteligencia muy notables, dada sobre todo la fecha de su publicación; aunque no supera al «Eros y civilización», de Marcuse, del que es deudor en más de un sentido, camina por vías mucho más sugestivas que las abiertas por el psicoanálisis «a la americana» y tiene una categoría filosófica y estilística casi desconcertante en el panorama del pensamiento americano de esos años: basta compararla con las obras de un Sidney Hook, por ejemplo, para medir toda la distancia que separa a Brown de los hábitos intelectuales de sus compatriotas.

Su segundo libro, «Love's body», es una obra infinitamente superior: de hecho, no vacilaría en calificarlo como el libro más brillante y original, en el mejor sentido de la palabra que ha producido el pensamiento anglosajón en los últimos veinte años. En lo tocante puramente a la originalidad de su procedimiento estilístico no es fácil hallarle parangón, ni siquiera comparándolo con lo más vivo de la filosofía europea. Las necesidades de la industria cultural —algo debe cambiar para que todo siga igual—, diría Lampedusa— inventaron el concepto de contracultura, contra el que la misma estupidez del nombre debió prevenirnos, y alzaron a Norman Brown a la dudosa dignidad de «padre» de tal criatura, junto con Paul Goodman, Marcuse, Alan

(1) «El cuerpo del amor», Norman O. Brown. Ed. Sudamericana.